

1.2. El concepto de «helenismo». Su expansión

* Los términos «helenismo» y «helenístico» son derivados del verbo *hellenízein*, que significa «hablar griego» o «actuar como griego». Fue la lengua la portadora de las ideas y los modos civilizadores de Grecia, que se diseminaron por toda la amplia zona atravesada por las tropas de Alejandro. Fundador de ciudades, el conquistador macedonio fue verdaderamente revolucionario al procurar la fusión de lo griego y lo bárbaro en una unidad civilizadora superior. Trató de superar las habituales barreras de raza y de tradiciones

locales para hermanar a todas las gentes en una comunidad superior, con los ideales de la *paideía* helénica. La lengua común, *koinè diálektos*, como especie de *lingua franca*, sirvió a la expansión del espíritu griego, con su arte, su religión, su literatura, su filosofía y su ciencia, es decir, como un modo de comprender el mundo. La helenización obtuvo un éxito arrollador: a través de las ciudades recién fundadas, como la magnífica Alejandría, en Egipto, y de la población griega, que se mezcló pronto con las capas superiores de la indígena en todo el Oriente, la cultura griega se expandió por la *ecúmene*, un escenario abierto y mundial. Fusión de pueblos y también de culturas. Aunque lo griego fuera el elemento dominante, no hay que olvidar que la aceptación de rasgos nuevos es característica de este período de síntesis. «El elemento griego no se limitó a dar, sino que también recibió: especialmente su religión se amplió por el acceso a nuevas ideas y cultos orientales, y llegó incluso a transformarse por esa vía, mientras que, a la inversa, muchos orientales se asimilaban al mundo espiritual helénico. Ese recíproco dar y recibir no habría sido posible sin un instrumento de comunicación universal, que fue el *lenguaje griego internacional*, la llamada *koiné*, la lengua *común*. Con ella podían comunicarse los hombres en Gades o en Massilia con la misma facilidad que en Damasco o en Babilonia. En las cortes de los reyes partos y de los príncipes hindúes se representan tragedias griegas, y la comunidad judía de Alejandría hace traducir al griego sus escrituras sagradas porque no entiende ya el texto hebreo (es la versión llamada de los Setenta). También los escritos del Nuevo Testamento están redactados en griego. Con la ayuda de esta lengua todo el mundo podía asimilar la educación griega mediante la lectura de los poetas helénicos y de los demás escritores, o asistiendo a las escuelas de retórica o de filosofía que existían en muchas ciudades. Pues griego era ya, como dijera Isócrates, no sólo aquel que fuera heleno por su origen, sino también todo el que participara de la educación helénica»⁴. Las palabras *hellenikós*, *hellenízein*, *hellenismós*, *hellenistés* no designan ya una raza, sino un género de vida que se ofrece a todos, griegos y bár-

baros, pues todos los hombres son capaces de vivirlo, aun cuando no lleguen todos a él al mismo tiempo ni en un mismo grado, y aun cuando, para alcanzarlo, les sea precisa una más o menos larga educación. Lo que ahora diversifica a los hombres no es ya la raza o la sangre, sino el hecho de participar o no en una cierta «civilidad», que se adquiere por la educación. Ya no se es griego o bárbaro; se es, o no se es, civilizado. Un pasaje de Eratóstenes ilustra bien el nuevo espíritu: «Mientras que algunos aconsejaban a Alejandro tratar a los griegos como amigos y a los bárbaros como enemigos, él hizo algo mejor al dividir a los hombres en buenos y malos..., es decir, según se dejasen o no guiar por las prescripciones de la ley, por las reglas de la educación y por las enseñanzas de los filósofos»⁵. Plutarco insiste también en ese aspecto de Alejandro, básicamente empeñado en unir a todos sus súbditos en una gran hermandad, en una armonía fraterna y universal. Un ideal que fracasa, en cierto modo, en lo político, pero que triunfa en lo cultural y lo espiritual, y que resulta así preparación al cosmopolitismo y a los ideales universalizadores de la romanidad y del Cristianismo.